

que no era necesario, “Ni que estuviera muerta”, señaló riéndose. De ese chascarrillo hicieron eco unas amigas que estaban ahí.

CAPÍTULO 12

Tres meses había cumplido mi hijo. Recibí unas visitas que para mí fueron la mayor sorpresa; no las esperaba. Jamás imaginé que me visitarían, no daba crédito de lo que veía. Era la mamá, la hermana y una prima de Paulo Emilio, mi difunto novio, con quien compartí la celebración de mis quince años. Cuando Sirvenda abrió la puerta dijeron que eran unas amistades que venían de “fuera”, para evitar suspicacias. Mi marido andaba de viaje. La empleada no me dio el nombre de las visitas, solamente me dijo que eran unas personas que venían de “fuera”. Las pasó a la sala. Acudí cinco minutos después. Estaban sentadas las tres en el sillón grande, mi ex suegra en medio de las dos chicas. Al verme se levantaron como catapultadas. La señora se abalanzó a mí con los brazos extendidos, nuestros cuerpos se unieron en apretado abrazo; imposible evitar el llanto contenido durante mucho tiempo.

—Hija, Zalia —me dijo con voz pausada por el sollozo—, era imperdonable no venir a verte, estuviste unida a nuestra familia, no lo olvidaremos jamás. Te queremos mucho. Al verte nos recuerdas a mi hijo.

Esas palabras me calaron hondo. Permanecimos abrazadas un momento. Las chicas también lloriqueaban. Nos separamos, saludé primero a mi ex cuñada y luego a la prima. Cada una me dio una flor blanca. Después de eso nos sentamos para iniciar la charla. Las sorpresas llegaban mientras avanzaba la conversación.

—Fíjate hija que hemos estado en contacto con una persona de aquí, del pueblo, te quiere mucho; es papá de una amiguita tuya. Por el cariño que te tiene y por un agravio anterior que por ahora no te contaré, se dio a la tarea de investigar lo que con mucha discreción deseo comentarte. A mi hijo lo mataron intencionalmente, no fue por cosas ni de mujeres de “mala nota” ni por un pleito de cantina o de borrachos. No, hija, fue por otra cosa. Fue porque a una persona le estorbaba. Me lo dijo con los ojos llenos de lágrimas.

No daba crédito a lo que me estaba comentando. Fui presa de conjeturas, pensé en muchas cosas menos en lo que en seguida me comentaría. El relato avanzaba, mis ojos se desorbitaban, no era cualquier cosa lo que escuchaba en esa reunión. Sin esperar más, para darle prisa a lo que las traía, continuó con el diálogo.

—Le pensamos mucho para decirte esto que vas a escuchar...Lo discutimos en familia, al principio las opiniones estaban divididas pero al final todos estuvimos de acuerdo; por tu propia seguridad. Te queremos mucho. A mi muchachito le diste

mucho amor. Para mi esposo y para mí tú seguirás siendo nuestra hija. Y si fuese el caso, cuenta con nosotros, nuestra casa también es tuya, puedes llegar el día que gustes, de visita o a vivir el tiempo que desees, sola o con la criatura.

Lo que mis oídos escucharían luego, era grave. Me estaban previniendo de algo importante. La señora respiró profundo, se acomodó en el asiento, destacó su postura erguida, continuó narrando. Las chicas fijaron su vista en ella, a veces volteaban a verme.

—A mi hijo lo mandaron asesinar desde acá, desde estas tierras, por haber sido tu novio.

—¿Quién pudo haber sido capaz de tal fechoría? —acoté abruptamente.

La señora hizo una pausa, con su mirada recorrió la casa para asegurarse que nadie más estaría escuchando la conversación. Sabía las consecuencias si llegaba a los oídos de quien pudiera tomar represalias.

—¡Fue ni más ni menos que el papá de tu hijo, de tu hijito, de ese hermoso niño que ahora duerme en su cunita!

Quedé estupefacta. Sin embargo, era posible, la gente murmuraba. Además, sabía la honorabilidad de la persona que me lo decía. El comentario confirmaba mis sospechas.

—¿Está usted segura? ¿En que basa usted tal afirmación? Le pregunté adivinando la respuesta. Continuó sin titubear.

—Te ruego que esto te lo guardes muy dentro de ti, que no se lo platiques a nadie, correrías peligro.

— Por favor continúe, señora —le rogué.

—Tu marido lo planeó todo, él siempre te quiso como esposa para cubrir apariencias. Inventó que unos pacientes de Paulo Emilio murieron porque equivocó el diagnóstico, que les dio medicinas caducas. Nada fue cierto. Perversamente maquinó lo de las reses que se le murieron a tu papá. Todo fue una vil y falaz mentira. Él las mandó envenenar. Desprestigió a tu papá para doblegarlo y luego levantarlo económicamente, a fin de crear una deuda... y ahí entrabas tú. Me llevé las manos a la cara, me invadió el asombro. Atenta escuché lo que seguía.

—Tu marido logró armar escenarios para que quedaras dentro de su corral, para que fueras su esposa sin que pareciera que era a la mala. Sé que tus papás lo aprecian, mucho tienen que agradecerle, los lastimarías platicándole esta historia, no lo creerían, supo cómo ganarse su confianza. A mi hijo tenía que quitarlo de tu camino, era tu novio, se iban a casar, no tuvo sentimientos para hacer lo que hizo.

—Estoy impactada, señora, pero no se preocupe; Dios me ha ayudado a controlarme; creo lo que usted me está diciendo. Estoy uniendo las piezas, embonan unas con otras. Continúe por favor.

—Sabía que tendrías algunas sospechas, tal vez no de todo. De lejos se ven más claras las cosas.

—Sabemos que estás sufriendo, mucha gente del pueblo lo sabe y lo comentan entre ellos. A ti te quieren y te respetan, a tu marido le temen. La gente de aquí sabe todo pero nadie dice nada. Nadie lo encara, no se atreverían a hacerlo, todos le deben algo, los tiene subyugados; lo sabes.

—Cierto, señora, tiene usted razón. He sufrido mucho, pero no es momento para contarlo.

—Las autoridades —retomó la palabra—, se prestaron para que todo pareciera un pleito de cantina provocado por mujeres. Todo el mundo sabía que Paulo Emilio no tomaba licor.

—No descartaba que cometiera una barbaridad, pero no del tamaño que ahora me está comentando. Hay ocasiones que el silencio de la gente dice mucho. La señora prosiguió.

—Uno de los esbirros de tu marido —no lo llamó por su nombre—, estuvo tres semanas en Huamantla para armar todo el plan hasta que llegó la oportunidad. Lo engañaron que venían al pueblo, se ofrecieron para darle un aventón, le comentaron que su patrón los había mandado a Huamantla a comprar mercancía. Llevaban cajas cerradas con cinta canela, solo contenían cartón y papel periódico. Las tiraron después de atacarlo.

—¿Todo eso se lo comentó la persona de aquí del pueblo? —le pregunté pasmada por la puntualidad de la información que poseía la mamá de Paulo Emilio.

—No, él nos ayudó mucho, sabe de cuestiones de investigación de crímenes; contratamos a dos investigadores más.

—¿Piensan denunciarlo a las autoridades? —le pregunté azorada.

—No. Este señor tiene amigos influyentes, también cómplices, nos arriesgaríamos todos, incluyéndote a ti y a tus papás. Tal vez más adelante, —sentenció enfática. Estaba afectada emocionalmente pero resuelta.

—No venimos a llenarte la cabeza de piedritas, estamos aquí para decirte que cuentas con nosotros; él es capaz de todo, nada lo frena. Eres joven, hermosa, de fina presencia. Todo lo que él necesitaba para aparentar —Por segunda vez repitió la palabra “aparentar”.

—Parte del dolor que traíamos ha quedado desvanecido al verte y platicarte la verdad.

—Ahora sí, llévanos a conocer a tu hijito. Era importante comentarte primero lo que con atención ya escuchaste sin que nadie interrumpiera. Éste viaje lo hicimos en el momento en que podríamos platicar contigo a solas, sin testigos que fueran con el chisme a ya sabes quién. Una persona nos avisó el momento adecuado, y fue éste.

—Lo entiendo, señora...vayamos para que conozcan a mi hijo.

Acababa de despertar. Sirvenda estaba con él. La primera en cargarlo fue mi ex suegra. Mi hijo se sonrió con ella como si la hubiese reconocido, no tuvo ningún gesto de desaprobación. Lo tuvo en sus brazos por cinco minutos, luego lo cargaron las dos acompañantes. Le hacían gestos para que riera; lo consiguieron

—Es hora de irnos —insinuó la señora con voz clara y pausada.

Me tomó por los hombros, dimos media vuelta, cruzamos la puerta; las muchachas se adelantaron. Despacio, sin detenernos, tomadas por la cintura, bajamos las escaleras. Nos acercamos a la puerta que da a la calle. A todas les di un abrazo, el de la señora fue más prolongado. La besé en la mejilla, nos deseamos buena suerte. Dio un paso, volteó, me dijo: “Recuerda, también eres mi hija, como tal te quiero”. Se fueron, me dejaron la historia y los temores por haberme enterado de las atrocidades de mi marido. Ante la adversidad debía ser fuerte, había motivo para vigorizar mi espíritu y los nervios de mi cuerpo. No podía sucumbir. La visita me dio tranquilidad, me hizo reflexionar; conocer la verdad me robusteció. A las dos partes nos benefició el encuentro.

Esa noche, después de que le di su mamila a mi hijo, estuve cavilando sobre algo que me comentó mi ex suegra, precisamente del segundo tipo que iba en el vehículo donde traerían a Paulo Emilio. Lo describió como un tipo mal encarado, de mirada turbia, que no era del pueblo pero que aquí llevaba varios años; que después del asesinato se fue a vivir a Monterrey donde al poco tiempo fue asesinado con arma de fuego. Estaba segura que se trataba de aquel tipo que mi ex novio y yo vimos en el parque en actitud sospechosa, y luego lo vi cuando iba a la casa de mi amiga Rossina. No recuerdo si le hice el comentario a su papá. Tal vez sí.

CADA VEZ QUE MI MARIDO viajaba a algún lado lo acompañaba Miguel, su ayudante. Era fortachón, ojos cafés, espaldas amplias, pelo castaño, lacio; de buenos modales, caminar firme; reía solo por cumplido. Las ausencias de Bladimir yo las aprovechaba para salir al balcón a observar lo que en la calle acontecía. Me gustaba sentir el suave viento después de acariciar las montañas que desde mi balcón veía. El aire transportaba olor a gardenias, no ubique dónde estaban sembradas. Me identificaba con esas flores, eran solitarias igual que yo. Inconscientemente volteaba al cielo tratando de ver a Dios y platicar con él; contarle todo, aunque ya lo sabía.

En el balcón permanecía poco tiempo porque no le gustaba a Bladimir que me vieran ahí. Temía que alguien me acusara con él así saliera cargando a mi hijo. Apenas había tiempo para dos o tres suspiros, recorrer con la vista la calle de un extremo a otro y, finalmente, fijar mi mirada en las torres de la iglesia que estaba a varias cuadras. Tenía deseos de visitar ese templo.

Otra vez que mi marido salió del pueblo, al filo de las cuatro de la tarde, salí al balcón. El sol estaba cubierto por nubes, formaban figuras caprichosas. Por algunos minutos posé la mirada en unas nubes que tenían forma de corazones, estaban entrelazados, suspiré. Con la mano derecha me acomodé el pelo.

Una familia de forasteros que caminaban por la calle cargaba maletas. En la acera de enfrente, tres señoras con bolsas de mandado reían de lo que platicaban. Un hombre moreno, cara afilada, pelo corto, que conducía una camioneta pick up roja, volteó a verme, me saludó. Dos camionetas que transportaban frutas y verduras se dirigían al mercado municipal.

Entré a la casa, cerré la ventana, permanecí un momento viendo a través del cristal. Las dos empleadas del negocio de enfrente voltearon a donde yo estaba, se secretaron. Tenían fama de chismosas. Eran amigas de mi marido.

¿Cómo convertir mi tristeza en felicidad? Me pregunté cuando entré. ¿Por qué mi Dios es tan duro conmigo? Caminé cabizbaja, con paso lento.

Al día siguiente que salí de compras, al regresar a mi casa me encontré con un amigo de la secundaria. Al verme, me expresó:

—Hola, amiga, me paré solo para saludarte, ayer te vi en el balcón, estabas con tu hijo. Tu figura es resplandeciente pero a tu rostro no le veo la alegría que tenías antes. Disculpa que te lo diga, muchos te apreciamos. Me retiro porque sé que tu marido es muy celoso.

—No. ¡Esas son mentiras! Mi marido no es celoso. Le rebatí ocultando la realidad.

—Cuando tengas tiempo pasa a saludarme, platicaremos de los compañeros; conocerás a mi bebé. Por su gesto supuse que no lo haría.

UN DÍA, cuando el reloj marcaba las cinco y media de la tarde, al escuchar el acostumbrado saludo de mi marido cuando entraba a la casa, de un salto me incorporé dejando la mecedora moviéndose sola. Apresurada fui a la sala para darle la bienvenida como lo hacía mi mamá con papá. Me encontré un rostro enfadado, sonrisa forzada, mirando a otro lado. Con desgano abrazo correspondió a mi entusiasta recibimiento. Entristecí, vi a mi marido subir la curvada escalera que ascendía al segundo piso. No se detuvo, apresuró el paso sin mirar atrás. La inexplicable actitud de mi marido me desanimó a seguirlo, evitaría una descortesía mayor. Simulé gozo por su regreso.

“Un día más sin amor”, pensé. Era inocultable mi desconcierto, cualquiera se hubiera dado cuenta. Impávida observé la figura de delicados modales e impecable vestimenta que a toda prisa se alejaba de mí. Me quedé un rato en la sala, ojeé un libro.

—Apuesto que sube para asearse, cambiarse de ropa y volver a salir a quien sabe dónde, ¿no crees, Sirvenda? —pregunté a mi aliada confidente—.

—Sí, señito, tiene usted razón —contestó la mujer de tez morena—.

—hoy nos acostaremos más tarde, lo esperaremos con la cena preparada. Pero si usted quiere, seño Zalia, en cuanto se retire su esposo suba usted a descansar. Lo espero yo, ya ve que para él como si usted no existiera.

—Ay, Sirvenda, en esta casa tu eres la única que sabe lo que estoy viviendo, espero que algún día me digas cómo reparar éste corazón roto. En el rostro de Sirvenda se dibujó una complaciente sonrisa; me miró a la cara rompiendo la orden del jefe de la casa de no mirar a los ojos de sus patrones.

—Las lágrimas que usted ha llorado serán secadas por el recuerdo —expresó susurrante; se llevó la mano al corazón, respiró profundo, se acomodó el delantal, con la mano se tocó el pequeño gorro azul y aseveró:

—Lo que le puedo asegurar es que sus sueños se harán realidad. Usted —agregó Sirvenda con voz garbosa pero en bajo tono—, alcanzará sus sueños, encontrará al hombre que la merezca, de mí se va a acordar —concluyó la mujer apretando el puño de su mano derecha—. Después de esto subí a mi recámara.

Al poco rato escuché unos golpecillos en la puerta, luego una voz.

—Ya se fue... duérmase, le va a caer bien entrar en angelicales sueños para que sane un poco su alma.

—Muchas gracias, Sirvenda —contesté desde dentro—. Pásale querida negra —palabra que utilizaba cuando deseaba enfatizar mi afecto por ella—, dime: ¿cómo iba vestido el fulano?

—Llevaba pantalón beige y chaqueta oscura; camisa blanca, la del encaje en los puños; corbatín negro y su cadena de oro con el crucifijo que tanto le gusta lucir —agregó Sirvenda.

—¿Quiere que me lleve la sesta con las manzanas y mañana le traigo unas frescas?

—Haz lo que quieras, negra consentida —contesté con voz desangelada.

Me dirigí al armario para escoger una de mis batas de dormir. Seleccioné la de lienzos azules y rosas, la descolgué del gancho, me la puse. Mi pequeño hijo dormía en su cuna, chequé que estuviera cómodo.

Me dirigí a la cama. Levanté las sábanas y la cobija, me metí bajo ellas. Una vez recostada viré mi cuerpo para colocarme frente a la pared, descansé mi cabeza en mi

antebrazo izquierdo. Con los ojos abiertos le pedí a Dios que no tuviera los agitados sueños de las noches anteriores, me martirizaban demasiado. Pensé en mamá, papá y también en mis primas, hacía tiempo que no las veía.

El lejano aullido de un perro interrumpió mis pensamientos. Levanté la cabeza, miré a mí alrededor, comprobé que solo estábamos los dos, volví a acomodarme. Jalé las sábanas hasta el cuello, cerré los ojos, después de un rato de cavilar logré dormir.

En la habitación de mi marido había una cama grande tipo Luis XVI trabajada en madera de cedro. La resguardaban cuatro columnas de madera unidas por vigas que descansaban en los dinteles. También una silla mecedora donde se sentaba para leer algún libro o el periódico. Junto, una pequeña mesa para el café y una cesta de mimbre para las galletitas de su agrado. De una de las paredes colgaba una foto de Elvis Presley. El armario donde guardaba la ropa ocupaba toda la pared derecha. Se cambiaba hasta dos veces al día cuando tenía reuniones con personas para hablar de negocios, según él. Era un rehén de su propia vanidad. Los encuentros se daban hasta dos veces por semana; no eran en la casa, siempre en otro lugar, se prolongaban hasta más allá de la media noche.

Cuando me atrevía a preguntarle del resultado de los encuentros, recibía como respuesta una mirada sancionadora y alguna balbuceante palabra, a veces inaudible. Frente a su cama estaba colocado un espejo con un marco de oro. Para llegar al balcón, tenía que pasar frente a la recámara de mi marido. La puerta permanecía cerrada. La recámara de Bladimir era para mí un lugar ajeno a mis preferencias.

AL DOCTOR PABLO, que tenía dos años de haber llegado al pueblo, lo visité la mañana del lunes por un ligero dolor que desde días atrás padecía en el vientre bajo. Llegué al consultorio, me dirigí con su asistente. Atendía a los pacientes sentada en un pequeño escritorio blanco, le llamaban Tere. Registró mis datos, nos dirigimos Sirvenda y yo a la sala de espera; las sillas eran blancas con respaldo alto y en el asiento un cojín. Nos sentamos cerca de dos señoras, una como de 50 años, la otra de unos 45, que también esperaban su turno. En palabras susurradas platicaban animadamente. Se referían al reciente asesinato del propietario de un rancho que tenía un nacimiento de agua y, según las mujeres, una mina de oro. Comentaban que fue visitado varias veces por unos desconocidos que insistían en comprarle la propiedad a bajo precio. Al negarse, “lo mataron y se quedaron con el rancho”.

Según ellas, el autor intelectual del homicidio era un conocido personaje del pueblo, que “tenía mucho dinero, era un jugador empedernido que apostaba fuertes cantidades en el juego”. Una le relataba a la otra que, el tipo en cuestión, formaba parte de un grupo de hombres que un día a la semana se reunían a jugar baraja en una

sombría casa ubicada en las orillas del pueblo, y que eran atendidos por jóvenes apuestos. No dijeron nombres.

Simulé no escuchar. Las hablantinas auguraron las mayores desgracias para quien ordenó el asesinato. “La mamá del difunto es una hechicera que vive en una comunidad que está a 45 minutos de aquí; por eso, tarde que temprano le llegará la maldición al tipo”.

Vi de reojo a Sirvenda, entendió la señal, entrecerró los ojos dándome a entender que también había escuchado el diálogo.

—¿De quién estarían hablando las mujeres, Sirvenda? —le consulté después de salir del consultorio—. ¿Sería de alguien que yo conozca? —le inquirí preocupada.

—No quiero inquietarla —explicó con cierta intranquilidad—, pero creo que se referían a don Bladimir; deben ser infundios, su señor esposo es una persona tranquila y muy seria. Eso sí, muy enojón, como usted sabe, pero de ahí a que sea un asesino, no lo creo.

La opinión de Sirvenda me tranquilizó un poco. Continuamos caminando hasta donde nos esperaba el chofer con el auto. Le pedí nos condujera a la casa de una comadre de mi suegra para recoger un guisado que días atrás me había ofrecido. Volvimos a la casa. Recordaba la plática del consultorio. Algo me decía que podría tratarse de mi propio marido.

—Me mata la curiosidad, mi negra, por favor dime cualquier cosa que sepas o sospeches; no te detengas —le susurré a Sirvenda una vez que llegamos a la casa.

—No se preocupe, señora, no me guardaré nada, le diré lo que escuche de usted o de su esposo —confesó Sirvenda mirando al suelo y haciendo una reverencia con la cabeza. Voy a almidonar y planchar las camisas del señor. Con su permiso.

—Ya sabes cómo le gusta que quede el cuello y los puños, negrita —le dije sonriendo—. Pareciera que es lo único que le importa, ¿no crees? —Dibujó en su cara una sonrisa, dejó entrever sus blancos e irregulares dientes.

Antes de retirarse se colocó su delantal. Se fue rumbo al cuarto de planchado donde realizaría su cotidiana tarea de “entenderse” con las camisas y los pantalones de su patrón, y los vestidos y blusas míos. Lo hacía con destreza. Nunca le habíamos regresado una prenda por no estar correctamente planchada. Los cuellos y puños de las camisas de Bladimir lucían como papel blanco. Sirvenda se daba tiempo para lavar, planchar y cumplir con lo que yo le encargaba. Saqué a mi hijo de su andadera, lo cargué. Le di las gracias a la cocinera por cuidarlo mientras fuimos al médico.